

elegantes y *comfortables* habitaciones de aquellos hijos de la civilizacion.

Las puertas están cubiertas de transparentes cristales y de cortinas llenas de adornos de laton ó de madera dorada. Velludas alfombras, espejos colosales, cuadros soberbios, retratos favorecidos, muebles de última invencion, tapices de seda y oro, y el indispensable piano, y los mullidos confidentes, y los cómodos sillones, y los mas cómodos taburetes: he aquí el contenido de una sala. Un santo, un cuadro religioso, no tiene allí cabida, porque su lugar está ocupado por una odalisca próxima á tomar un baño bajo la sombra de los sauces que se mecen á las orillas de un rio; ó por la bañadora de Victor Hugo; ó por las bayaderas de un serrallo; porque cualquiera de estas pinturas revela mucha mas civilizacion que un pobre fraile de habito roto y de cara macilenta. Lo que son los santos, por muy buena que sea la pintura pasan á ser dominio de la recamarera ó del portero, que como gente de baja estofa son los únicos á quienes alcanza la obligacion de encomendarse á uno de los amigos de Dios. Cuando mucho se tiene uno ú otro cuadro con la firma de Rubens ó de Pablo Veronés, pero no como objeto de devocion sino de ostentacion, y para poder decir que costó dos ó tres mil pesos, aunque muchas veces son tan auténticas las firmas como los autógrafos, que suelen comprar los viajeros, y que acaba de fabricar el primer chalan que se presenta.

En esas casas se ve el mas asombroso fausto, y compasion dá muchas veces pisar con los innobles zapatos aquellas felpudas alfombras, ú oprimir con ambas posaderas el terciopelo y el brocado de que estan cubiertos los muebles; y si despues de eso se echa una mirada al origen de tanto lujo, si se medita un poco que muchas familias han tenido que contribuir con sus lágrimas, con su honor quizá, á la magnificencia de aquellos salones, mucha mas lástima dá profanar semejantes reliquias.

Hay por lo comun otra pieza destinada á recibir las visitas ordinarias, tanto porque la sala principal está reservada ó para las grandes fiestas ó para las grandes personas, cuanto porque no es bueno que sean notadas las emigraciones repentinas que una revolucion financiera puede ocasionar, y como siempre lo de mas estimacion y valia se encuentra en la sala, es lo que se procura cuidar de los estragos del uso para un caso ofrecido, y por eso se le tiene siempre cubierto con forros de indiana ó de cosa de poco valor.

Llegan las exigencias del sibaritismo en esas casas hasta tener en una misma pieza todo lo necesario, ya para darse un refrigerante baño, ya para satisfacer algunas necesidades naturales sin molestar en salir al aire y dar tres ó cuatro pasos fuera de la habitacion. Esto lo hizo discurrir la débil y achacosa salud de los magnates, que desde que llegan á esa grado de comodidades, ya todo les perjudica ó les molesta, porque seria muy plebeyo un rico á prueba de elementos. Así es que aun cuando muchas veces son hombres que pasaron la vida en los caminos tras una enolénque mula, ó detras del mostrador vendiendo azafran, hoy se sienten indispuestos si un rayo de luz pasa por entre cristales á la hora que estan durmiendo.

Si la aristocracia tiene todos esos deliquios, no le va en zaga la clase media, por quanto ha creido que por alguna parte debe comenzar á imitar las maneras de la clase suprema: ya que tiene precision de adornar una sala con alfombra del país, con muebles heterogéneos, con cuadros de brocha gorda, con floreros de Tescoco y con un relox del Norte, cree que no debe omitir la delicadeza en la complexion y los humos en el carácter. Así es que, salvas las diferencias que hay entre muebles comprados en un remate ó mandados hacer á un maestro baratero, y muebles traídos de Paris ó comprados en la casa de

Croissé, por lo demas se encuentran las mismas pretensiones, los mismos deseos de deslumbrar á los visitantes.

A proporcion que los recursos de la familia van disminuyendo, en la escala de las entradas, así tambien véase notando la diferencia en todo el menaje de las casas, hasta venir á encontrarse los desairados muebles de la calle de la Canoa, llenos de oro como los calabazates de Querétaro, y mas rasposos que las casas de tezontle.

Tambien el edificio comienza á degenerar, porque ó bien es una casa sola pero llena de incomodidades, como la vida de un pobreton, ó bien es una vivienda ocupada en alguna de las muchas casas de vecindad, donde se juntan y congregan gentes de las cuatro mil naciones y de distintos idiomas y costumbres.

A la clase democrática están reservadas las que en todo rigor se llaman aquí casas de vecindad, pues las que ocupa la clase media, en tanto llevan ese epíteto, en cuanto á que hay dos ó mas habitaciones que ocupan otras tantas familias; pero las otras son un verdadero pueblo, una colonia de los Estados- Unidos, una congregacion de mas de doscientas personas, desde el empleado subalterno hasta el industrial nocturno: desde la alegre costurera, hasta la que tiende la mano á todo transeunte en demanda de una contribucion directa.

Si la casa del millonario asombra por su lujo, la casa de vecindad asombra y pone miedo por su incuria y su abandono; habiendo algunas en que la vida de los habitantes es un milagro cotidiano, puesto que sabe sobreponerse á las emanaciones infectas del patio, de las cloacas y de las habitaciones mismas.

Ninguna de esas casas tienen otra cosa que un patio largo y sin ventilacion, á cuyo rededor se encuentran unos tabucos que tienen el mal nombre de cuartos. Estos tienen por pavimento unas vigas que presentan mé-

nos consistencia que las muelas de una anciana: sus paredes son amarillas por lo comun á causa del humo de carbon, puesto que allí se hace cocina, sala, recamara, comedor y oficina tributaria: debajo de las vigas y á mé- nos de una vara se encuentran las aguas de los lagos que rodean á Méjico, ó si no son las aguas es una tierra provista de toda clase de sabandijas. Esto, y el dormir en cada zaquizamí diez ó doce personas, un gato, dos perros, cuatro gallinas y el indispensable lorito, me parece que basta para que los tales cuartos se consideren en justicia como la caja de Pandora de esta civilizada corte.

Porque debes saber que aquí lo que se procura por los dueños de las casas es hacer el mayor numero de cajones de piedra y mezola, ó adove y lodo para empaquetar el mayor número de inquilinos y poder embaular el mayor número de pesos. Nada importa que un cuarto no reciba luz ó aire sino por un ventanillo que está platicando con el techo, y que así dá paso á un endiablado ventarron como á un chubasco gordo: ni fijan la atencion en que las paredes viertan agua é insectos, y les vigas arañas y polilla; lo que se necesita es que el inquilino pague tres pesos y dé fiador, y renta adelantada, y haga una obligacion de dar hasta la lengua el día que se atrase con la renta. Todo lo demas no es de cuenta del propietario.

A falta de espacio por los lados, porque estos están ocupados por otros cuartos, hay capacidad bastante á lo alto, porque á lo ménos se puede contar con unas tres varas y media, y se necesitaria ser gigante para darse un golpe en la cabeza con el techo. Mas si este peligro no existe, hay el de que los inquilinos que viven sobre esos cuartos bailen y brinquen á toda hora y hagan llover sobre los pobres inferiores mas calamidades que una revolucion sobre los pueblos; porque cuando el propietario ve que ya el terreno ha desaparecido debajo de

los cuartos, hace desaparecer estos debajo de las viviendas, y estas mas tarde serán oprimidas por otras mas, hasta que se eleven los edificios como la torre de Babel, á la que han dado en imitar, á lo ménos en la confusion de lenguas de todos los que viven en ellos.

Ahora como en la corte el pensamiento dominante es el de reunir el mayor número de gentes en el menor espacio posible, los que no pueden pagar una renta mayor van á ocupar esos chiribitiles, en donde tiene cabida el pobre cesante ó juilado que sacrificó sus mejores días en el servicio de la patria, el retirado lleno de honrosas cicatrices, y lo mas abyecto que la sociedad encierra en su seno, dándose muchas veces el caso de estar pared de por medio la inocencia ó la desgracia, con el crimen ó la prostitucion. De aquí resultan esos chismes eternos que ocupan las siete octavas partes de los juzgados menores; de aquí salen las riñas entre los padres de cuatro ó cinco muchachos desnudos, que en sus horas de *asoleo* se rompieron la cabeza, á falta de una escuela en que ir á aprender á leer; de aquí una multitud de borracheras en las que suelen tomar parte, para corregirlas, se entiende, los agentes de policía; y de aquí, en fin, salen para los establecimientos públicos, porque tambien los hay en la corte, esas desgraciadas mugeres que encubren bajo el almidon y los olanes toda su degradacion fisica y moral.

Las casas de buen tono están en proporcion con las de la clase media como de uno á ciento, y respecto de las de la infima clase, como de uno á diez mil. Echa la cuenta de lo que es la miseria en esta tierra hendita.

Yo no debí hablarte de esto, supuesta mi intencion de darte á conocer únicamente lo que es la vida *fashionable*; pero no pude resistir al deseo de hacerte descender á ciertos conocimientos que están muy léjos del buen tono, que son un contraste marcadísimo de la vida elegante; pero que claman á grito herido contra esa indo-

lencia de los que pudiendo mejorar un poco la situacion de estos infelices nunca procuran tenderles una mano compasiva. Mas como yo no soy predicador, y aunque lo fuera, la cuaresma ya pasó, dejo este punto y paso á otro que sea ménos desagradable. Adios.—*Caralampio.*

Méjico, 9 de Junio de 1869.

Si en la casa de los millonarios se encuentra un lujo asombroso, si en las alcancias de la clase media se ve una visible parodia de las modas aristocráticas, y si en los tabucos de los pobres se nota un recuerdo de la arca de Noe, solo en cuanto á la poblacion y no respecto de sus dimensiones, hay otras casas que no obstante pertenecer á un Señor sobremanera rico y poderoso, están mas desnudas que un filósofo, y mas abandonadas que una familia con viruelas. Esas casas, que en otro tiempo bien podian llamarse el depósito de cuanto bello producía el arte, hoy apenas conservan un mezquino vestigio de lo que faeron, y no porque el dueño haya quedado á medios prorataos como los empleados de la nacion, no tampoco porque se haya metido en especulaciones ar-

riesgadas lo que puede llamarse su propiedad; pues ademas de que está muy léjos del comercio humano, siempre permanece tan rico como ántes; pero es el caso que validos algunos de esa inmensa riqueza, á cada momento lo ocupan y lo despojan de todo lo que algo vale, so pretesto de que d-nada necesita; y por eso cada dia vemos que sus habitaciones se van convirtiendo en tristes soledades, no faltando entre ellas una que haya sido con-habilidad de biblioteca que nadie visita, y otras en cuar-tel que no tiene soldados. ¡Como ha de ser! Ya de santos nos darémos con que las cosas sigan aunque sea así, pero mucho me temo, segun los deseos de los importa-dores de la ilustracion, que llegue un dia en que si-gan los que no sigan en la vida: "Aquí estaba una magnífica y suntuosa casa, donde el dueño de ella, á pesar de la ingratitud de los hombres, se presentaba á todas horas á escuchar las quejas de los pobres y á so-correrlos liberalmente; pero los filántropos en su sistema de perfeccion de la sociedad, desterraron de aquí á ese protector de los pobres, ocuparon su casa y la susti-tuyeron con un museo, con una lonja, con un bazar."

A mil consideraciones pudiera llevarnos la vista de esta casas; pero como yo soy incapaz de filosofar, y eso no por falta de ganas, sino de tamaños, me contentaré con esta simple indicacion, reservaré dentro de mi ma-gín todo lo que me ocurre, y pasaré, ya que de casas tratamos, á darte una idea de otras dignas de conocer-se; porque aun cuando no son exclusivas de la corte, aquí están sumamente perfeccionadas y llevadas á un grado tal de adelanto, que ya mas no se puede apetecer. Es-tas casas son las que llamamos *Mesones*.

Se dice que sirven para recibir *propter retributio-nem* á todo pobre peregrino que abandona su casa, su muger y sus intereses, ya por razon de negocios, ya por motivo de una mala vecindad, ó ya en fin por causa de un paseo; pero creo que son las mas á propósito para qui-

tar á un cristiano el amor á los viajes y el deseo de pernoctar fuera de su poco ó mucho querido hogar. Porque comienza porque un pobre caminante que ha atravesado sabe Dios con cuántas penas, unas buenas cantidades de leguas por caminos propios para serpientes; que ha sufrido los robos frequentísimos del bandelero, del hostelero y de cuantos hacen su fortuna con la desgracia de los viandantes; que viene asoleado una hora, otra bañado interior y exteriormente, otra luchando á brazo partido contra los pantanos que se empeñan en no dejarlo pasar, y otra cubierto de mas polvo que los libros de una biblioteca pública; que despues de averiguar con peñeros que le cobran para los caminos que no se componen, con guardas que le trasiegan hasta entre los dientes y debajo de la lengua, con otros que le piden la licencia de armas, y que porque no se acostumbra darla en su pueblo ó por otra causa cualquiera no la tiene, emprende un artificio sumario de defensa para salvar su cautiva espada ó sus aprisionadas pistolas; que cuando ya se ha visto en las calles de la ciudad y se cree libre de tanto peligro, se topa con que por ir buscando el rótulo de una posada, abandona la direccion de su caballo, y este que está acostumbrado á seguir la línea recta, da un empujón á un ocioso; que este pone el grito en el cielo pidiendo indemnizacion de daños y perjuicios que no ha sufrido; y finalmente, que cuando por su ventura distingue en letras gordas un letrero que le anuncie un *Meson*, y hace que su cabalgadura dé un cuarto de conversión, salimos con que el *huésped* parado en la puerta y puesto en jarras, le dice que ya están todos los cuartos ocupados, ó que no hay caballeriza, ó que no hay agua para las bestias, ó cualquiera otra cosa que hace al paciente emprender de nuevo su marcha y con ella sus investigaciones.

Logra por fin hallar un hospedaje para él y para su conductor y compañero, y recibe con mas solemnidades

que un conquistador las llaves de una ciudad, la raspasa y raquítica llave de un *cuarto*, el cual si fuera mandamiento de la ley de Dios, mereceria ser el *noveno*; y antes de que tome posesion de él, se encuentra con esta advertencia importante: "*No se responde de las pérdidas que pueda haber en los cuartos,*" y [no sabe separar la vista ya del letrero, ya de la miserable llave á cuya guarda y encomienda van ó quedar los pocos ó muchos recursos que trajo para su viaje. Es decir, que al amago de posible desbajamiento que el viajero puede sufrir, se añade la burla de entregarle una llave que parece estar en connivencia con los herederos forzosos de su fortuna, puesto que en caso ofrecido no opondrá la menor resistencia á los deseos de tan honrados visitantes.

Llega al cuarto deseoso de recobrar sus fuerzas, como que llega de un largo camino, y todo lo mas que encuentra es una tarima con el rumboso nombre de cama; pero los dos piés de ella estan apollillados, el otro está suplido con un barrote de silla, y el restante emigró á dar pábulo á un horno el día que mejor le convino á cualquiera de los muchos que andan por allí. Una banca tosca y llena de rendijas y remiendos, y un fragmento de mesa que no tiene cubierta y le falta un pié; he aquí los ricos muebles de que se puede disponer en aquella pieza de cuatro varas en cuadro, cuyas paredes son de movimiento á causa de la poblacion numerosa que las habita, y están decoradas con un color amarillento-mezclilla, y llenas de sebo y humo por las muchas veces que han servido de candelero.

Dejados allí los aperos y maletas, busca luego el pobre caminante donde alojar su fatigada cabalgadura, y despues de atravesar un patio de muy desagradables olores, y que parece que se trata de convertir en hortaliza, segun el abono de que está cubierto, llega á las caballerizas donde tiene que ir con mas cuidado que si pisara por sobre caballos de Firsa, á consecuencia de

que ellas no solamente sirven para alojar á los pobres cuadrúpedos, sino para que los bípedos satisfagan aquellas necesidades que no se pueden hacer por apoderado.

Cuando vuelve á su cuarto salvando aquí y allá mil trincheras vivientes formadas por los cuerpos de los arrieros y los indios, y otras tantas barricadas hechas con los aparejos de un atajo ó con las mercancías de los pobre hijos de Moctezuma; cuando ha sido tan feliz que salvó sus narices y su cabeza de veinte contusiones que pudieran conseguir contra un pilar ó contra una pared, ambos invisibles por la obscuridad que reina; cuando no le interceptan su camino media docena de jumentos que cansados de la dieta en que su amo los tiene salen á proporcionarse víveres entre los desperdicios del patio, se encuentra con que su cuarto, que cerró muy bien, no pudo resistir á las caricias de algun comunista, le franqueó la entrada y sus maletas desaparecieron sin tener en cuenta la amistad de tantos años y la soledad tristísima en que con su ausencia queda su antiguo dueño. Y no hay á quién reclamar, porque contra todas esas quejas es una protesta permanente el letrado que está en la puerta: "*No se responde por las pérdidas que pueda haber en los cuartos.*" Por eso el dueño del establecimiento lo avisó anticipadamente y lo avisa todos los días con aquellas letras gordas; ninguno puede alegar ignorancia, y si le fué mal en la feria que culpe á su destino y nada mas.

—Pero señor que no han visto salir al nuevo ocupante?—Bah! entran y salen tantos que quién se vá á fijar en los que van y vienen ó en lo que llevan y traen.—¿Pero el administrador?—Ese no tiene cuidado de la puerta sino del despacho.—Pero el *huesped*?—Ese tiene cuidado de que ninguno se vaya sin pagar, y lo demas no es de su incumbencia.—Pero el viajero no puede dejar perdido lo único que trajo para sus gastos.—"No "

*responde por las pérdidas que pueda haber en los cuartos.*"

No queda otro recurso que resignarse y procurar no perder lo que queda, que en verdad es empresa algo difícil; y cuando el pobre diablo se pierde en reflexiones sobre la inestabilidad de la fortuna, llega un nevero que ofrece sus refrescos á quien, aunque necesita calmarse, le faltan los recursos. El nevero para dar mas interes á su mercancías canta versos picarescos en tono desgarrador, y hay muchas veces necesidad de pagarle porque calle y se vaya, mas bien que por la nieve tibia que se le consume. Tras ese llega un vendedor de objetos de mercería que se empeña en que le compren un peine, unas tijeras, unos fosforeros; tras el *varillero* llega un muchacho con muñecos de cera, y detras de él otro con unas mancuernillas ó plumas de acero, y mas atras uno que trae paños de reboso, y otros cien, y otros mil que tratan de sacar de allí sus utilidades; y para cerrar la funcion llega una de esas sílfides nocturnas, que al mismo tiempo que no se deja ver las narices, quizá porque no las tiene, hace porque noten su presencia para ver si puede tener salida su contingente mercancía.

Para todos estos enemigos del alma y de la bolsa hay entrada franca, hay paso libre, hay tratados internacionales, y puertos sin aduanas, y costas sin guardas. Todos ellos pueden ir á esplotar á un mísero viandante, y entre ellos puede entrar con cualquier pretexto uno de los mas distinguidos discípulos de Caco que en un abrir y cerrar de ojos carga con lo que encuentra y deja al hombre á *tí suspiramos*, si no en un valle de lágrimas, á lo ménos en un meson lleno de plagas.

Reasumamos: en los mesones se busca alojamiento y descanso: lo primero mal ó bien, lo da un estrecho cuarto lleno de insectos cuanto vacío de comodidad: lo segundo no se consigue, pero en cambio se encuentran estorbos al paso; desembarazo de maletas y de equipajes,

comerciantes ambulantes que engañan al prójimo, prójimas que brindan con la enfermedad y la pobreza, posaderos que no responden por lo que se pierde en su casa, pedigüeños que huelen á los forasteros, y mozos que le quitan la cena al caballo para venderla al día siguiente al amo ó á quien la ha menester, para sus bestias se entiende; aunque no seria muy remoto, ni ménos inconducente que se la ministraran al pasajero ya que ha cometido la torpeza de irse á chapuzar en aquellas malditas casas, que solo sirven para dar una idea de hasta dónde puede llegar la incuria cuando se la quiere cultivar.

Muchas veces en esos mismos sitios se pone otro ramo de especulacion que es el de cuidar caballos ciudadanos, quiero decir de los que sirven en la ciudad para el paseo de los *caporales de estrado*. Unas veces llaman á la tal socialiña *pension de caballos*, y bien pensados estan, puesto que les asignan doble racion de hambre y quieren que para agusar el entendimiento se entreguen al ayuno y á la meditacion. Otras veces tienen el mayor gusto en ponerles el sonoro título de *hotel de caballos*, y eso será para hacer contraste con el pesebre de los dueños, que bien lo merecian por enviar allí esos pobres animales á compurgar con maceraciones y abstinencias lo que sus dueños solamente deben. Cobran poco es verdad; y á eso me parece que se debe atribuir el empeño de muchos para enviar á tales establecimientos al noble animal, digno de mas cuidados y de mejor trato. El cuidado y pasturas de un caballo cuesta diez y seis pesos mensuales, y de ellos el pupilo no disfruta cinco: ya ves que es muy módica la ganancia. Pero esta la ayudan los tutores de esos pobres cuadrúpedos alquilándolos de vez en vez los mas dias y á excusas del propietario. Algo han de hacer los pobrecitos para retribuirse sus afanes.

Cabalmente ahora voy á ocupar uno de esos andantes

cuyo dueño no está en la corte. Me han convidado para ir á Tlampam á *jugar fuerte* en la próxima pascua, y he conseguido que por el moderado alquiler de seis duros me proporcionen un hermoso alazan en estos tres dias. Adios, mi cara Bibiana: cuando vuelva te contaré qué tales estuvieron las fiestas, y qué tal trató Birjan á sus devotos. Adios.—*Caralampio*.

*México, 15 de Junio de 1859.*

Heme ya de vuelta á la corte, asendereado y molido, y ademas sin un octavo, gracias á la feliz inspiracion de mis amigos que discurieron llevarme á Tlalpan, y gracias á mi bonachona docilidad, que á las pocas instancias me hizo ceder por no ser ménos que los demas, por seguir á la corte y por la comezon de aprender, admirar y referir todo lo que atañe y pertenece á la vida de ilustracion y adelanto. Si yo me hubiera quedado aquí, aun tendria en mis bolsillos algunos reales en pacífica guarda; pero tampoco habria yo adquirido, ademas de la calificacion de culto, ciertos conocimientos preciosos y de casi, casi inestimable valor. Así es, que aparte del remordimiento y escozor de haber jugado

fuera de la necesidad en que estoy de ir á proporcionarme dinero en la casa de mi banquero; y sin contar con lo destrozado que tengo el cuerpo y el estómago, por lo demas estoy perfectamente bien, y creo que saldré del paso con unos ocho dias de cama por la indigestion y el cansancio.

Quiero, para que conozcas toda la historia, comenzar desde el convite que me hicieron para las fiestas. Mas debo advertirte que desde que llegué á la corte, y supieron que mis rentas eran bastantes para darme una buena vida sin trabajar personalmente, me declararon, todos los que hoy son mis amigos, un buen chico, un excelente sujeto, que aunque venia de las Batuecas, donde maldita la cosa buena que hay, yo era la escepcion de la regla, que habia sido el hijo mimado de la fortuna, puesto y habia venido á dar á la corte, donde recibiria el barniz indispensable, única cosa que me faltaba, y que ellos, mis amigos, se encargaban de echarme á cuestas.

En consecuencia de esos buenos deseos, me rodearon asiduamente esos Patrocos, me presentaron en las mejores casas de sus relaciones, y hacian tantos elogios de mi desinterés, de mi bello carácter, de mi amabilidad, que en todas partes me rogaban frecuentase su tertulia y no olvidase el camino de aquella casa. La primera vez que era presentado, no habia demostracion de afecto que dejara de prodigárseme: las niñas tocaban el piano y cantaban para darme á conocer sus habilidades, me mostraban todo cuanto tenian digno de llamar la atencion; pero sobre todo me hablaban de las niñas y me ponderaban sus virtudes, sus bellísimas genialidades, su dócil carácter, sus felices disposiciones para todo lo bueno, util y deleitable. En suma era una exposicion mas completa que la de la industria, hecha en favor del pobre batueco, á quien de todas maneras querian complacer. Mas á la segunda visita, me encontraba yo co-

mo en el teatro al segundo acto de un drama moderno, con cambio completo de decoraciones, personas y lenguaje. A la encantadora amabilidad de un día era sustituida la magestuosa seriedad del cortesano para con un pobre babieca; á la diligente solicitud de las niñas para complacerme, sucedia cierto desvío hácia mí y cierto cuchicheo hácia unos bellísimos y bien acabados figurines, que aun dudaba yo si eran las mismas jovencitas de imponderables virtudes, de seductoras genialidades y de angélico carácter.

Como esto lo observé en todas las casas donde habia niñas destinadas al contingente matrimonial, no pudo ménos que exitar mi curiosidad, y supe por mis mentores que ese cambio consistia en que cuando me veian la primera vez y sabian que era batueco, no mal dispuesto para ser diputado segun la convocatoria de 841—puesto que tenia capital físico—y franco y bonachon, algunas me habian echado el ojo para poner en mi cerviz la coyunda de Himeneo, por cuanto tenia todos los caracteres propios para hacer un marido excelente; pero que desde el momento en que daba las buenas noches y bajaba el primer peldaño de la escalera, empezaban á ampliar las informaciones de *vita et moribus*, y entonces, ¡qué horror! sabian que una fresca y robusta lugareña les habia ganado por la mano; y era dueña de lo que tan bien les hubiera venido. Ya desde ese momento se me consideraba como mueble inútil, se me ponía en la seccion de impertinencias, se me relegaba al depósito de los efectos improductivos, se me arrinconaba en el lugar destinado á las mercancías averiadas. Los pollos que con mi presentacion habian recibido un golpe eléctrico y me veian con desconfianza y desvío la primera vez, ya á poco eran mis íntimos amigos y respiraban á sus anchuras, y me veian como una vaca de ordena, tanto por lo inofensivo, cuanto por el lucro que podia proporcionarles. Las niñas que en su ensueño habian visto un buen

hombre sin los resabios de un adjunto indomesticable, y capaz por lo mismo de amoldarlo, ya despues encontraban mil tachas y nulidades que les hacian volver á sus momentaneamente abandonados galanteos.

Me recibian, es verdad; pero ya en la clase de un conocido á quien se ve sin emocion y se deja de ver sin amargura. Yo volvia ó no, segun el humor me lo aconsejaba, y no me daba por entendido de aquellos cambios, acostumbrado como estoy á los caprichos del viento. Mas poco á poco me grangeaba la *estimacion* de mis conocimientos, y vé por qué. Una vez estaba en visita y el día era frio y airoso como lo son aquí los de Febrero: unas niñas que se despedian empezaron á quejarse del mal tiempo y de lo léjos que estaba su casa, y allá como al descuido dejaron caer la palabra *coche*. Un rayo repentino de luz me iluminó: supliqué me aguardaran un instante, hice que el mozo *volara* por mi cuenta y traje-se el mejor *simon* que pudiera encontrar. Empaqueté allí á las damas, pagué liberalmente al cochero y ya tuve en aquellas unas encomiendas de mi galanteria. Las que quedaron no dejaron de *recortar* á las que se iban por la indirectilla á guisa de peticion de subsidios; pero una de ellas manifestó que en la casa de Montauriol habia unos gatos franceses bellísimos que el buen peluquero habia traído á costa de mil afaes para obsequio de las damas elegantes: tanto dijo, tanto ponderó la gracia de los tales animalitos, y manifestó tantos deseos de acariciar la sedosa piel de uno de ellos, que yo tomé mi sombrero y salí á pasos largos, resuelto á conquistar á punta de lanza un maldito miembro de la raza felina.

Llegué á la elegantísima peluqueria; pregunté por el artículo en cuestion, me le mostraron, hice mi pretension liza y llana, se accedió de buena voluntad, llamé un mozo, le entregué el efecto, y pregunté por ceremonia en cuanto estimaban el servicio que les hacia de quitarles un animal dañino aunque civilizado. "Oh! mi señor, me

contestó aquel excelente individuo: estos preciosos animalitos vd. sabrá ya que *son costosos de una onza.* Podía rehusarla cuando ya el objeto de los deseos de una señorita iba en camino? Solté diez y seis duros y la niña quedó sumamente complacida por mi amable condescendencia. Estos lances repetidos en todas partes, diversificados de mil maneras, aplicados á toda clase de objetos, hicieron que á poco tiempo me vieran como amigo y no como conocido, y así he adquirido un buen número de amistades.

Muchos pues de estos *caros* conocimientos me hablaron de las fiestas que próximamente debía haber en Tlapan, mas bien por lamentarse de la desgracia de no haber encontrado carruaje para trasladarse á aquel real sitio, y para encargarme que si sabia de algunos asientos les diese parte, por cuanto estaban con el compromiso de acompañar allá á *Pupa* y á *Lola* y á *Chucha* y á *Charo*. Yo complaciente, como un candidato de ministerio, me ofrecí á proporcionarles vehículo, y me heché por esos mundos de Dios á buscar algo que sirviera para mi objeto; y como aquí en la corte cuando los cordones de la alforjano están fuertemente anudados, y cuando la alforja no está como harriga de cesante todo se consigue, mediante algunas aguilas saqué mi pabellon honorosamente; pero hube de dar mi palabra de que asistiría á la feria. Con eso y con ir uno de mis queridos mentores á ponderarme lo mucho que me había de agradecer el paseo, heme aquí dispuesto á trasladarme á la antigua capital del estado de Méjico.

Mas para disfrutar de los suntuosos bailes que en letras gordas nos habian ofrecido los directores de la fiesta, era preciso que tambien fueran mis accesorios de elegancia, y en esa virtud ví á mi zapatero para que me hiciera en el acto unas botas de primera calidad, me trasladé á la calle del Refugio, donde una preciosa dama me tomó las manos, como si fuera á decirme la bu-

na ventura, y me ajustó unos excelentes guantes de Jouvin, tomándose la molestia de ponérmelos y acomodármelos con la mayor amabilidad, y admirando las colosales dimensiones de mis uñas, dejadas crecer *expresamente* para dar á los dedos una forma verdaderamente artística. Por lo que hace á mi sastre, me llevó dos ó tres vestidos hechos segun los últimos figurines que trajo el *Correo de Ultramar*, que aunque nunca son de la época, sino de dos ó tres estaciones anteriores, vienen todavia chorreando las aguas del Sena, y esto basta.

Así dispuesto mi hatillo, y encargado á uno de los muchos que llevan á la feria sus carruajes para buscar honradamente su vida, me fuí á una *pension de caballos* y conseguí me alquilaron el de un caballero que habia ido á recorrer el interior para ver sus negocios de minas, debiendo á esta circunstancia la creencia en que estaba el preceptor del corcel, de que podia sacar todos los perances que se le proporcioaran.

Muy de mañana llegaron mis amigos el domingo y ántes de oír misa, lo cual no lo juzgaron indispensable, nos pusimos en camino, cuidando de embaular á precaucion, unas buenas tazas de café con leche, y unas sabrosas tostadas, como si se tratara de atravesar el desierto, por lo que no faltó entre mis compañeros quien se abasteciera de vituallas á fin de evitar que la hambre nos rindiera.

Todo el camino era un cordon no interrumpido de carruajes y caballos que iban á Tlalpam, con mas empeño que si se tratara de ir á ganar un jubileo. Las diligencias y los omnibus estaban literalmente atestados de damas y caballeros, que ó bien tenian que ir como panes de jabon por lo apretado, ó bien invadian el asiento del cochero, el cielo del coche y á veces hasta el estribo. Aquí una elegante jovencita llevaba el gorro convertido en empanada, cuyo relleno figuraba su cabeza con todo y la profusion de listones y cuentas: mas allá los aros

de la *crinolina* se levantaban á impulsos de las presiones laterales, y formaban una caverna artificial de no muy decente gusto: acullá un remedo de *parisien* dejaba un faldon de la levita bajo la macisa posadera de una jamona que no le dejaba respirar: por el otro lado un chiquillo revoltoso hacia un aguacero sobre las piernas de su buen papá y sus vecinos rayanos: mas adelante la alegre coterrona que iba entre un ex-diputado y un comerciante de abarrotes, defendía el terreno que ocupaba palmo á palmo, contra la injusta invasion de una criada antigua que, acurrucada á sus piés, queria ensanchar los límites de su posesion.

Fuera de los coches se veian caballos éticos enjaezados con arneses de un parentesco (muy remoto, sobre los cuales se pavoneaba un mimado hijo de familia, que ocultaba su escapatoria con el pretexto de ir á acompañar á su preceptor; ó bien un dependiente de comercio, que se preponia aumentar los préstamos que le hacia *Don Prudencio* y vo ver mas rico que un banquero; ó tal vez el empleado de una oficina que á falta de silla habia ocurrido á un albardon: ó en fin, un matrimonio medio plebeyo, medio hidalgo, compuesto de una moce-tona de enagua blanca, banda encarnada, y rebozo terciado y el sombrero jarano del adjunto; y de este que lleva un pantalon de casimir del país, queriendo alcanzar la rodilla y dejando al fresco media pierna y un zapato blanco, una chaqueta de dril una banda carmesí, y un pañuelo en la cabeza, que haga oficios del sombrero que cubre á su hermosa mitad.

No dabamos un paso sin encontrar viajeros que iban á la romeria en todos trajes y en todas actitudes, no siendo pocos los que iban jadeando y echando el alma por la boca, solamente por no perder de vista á la señora de sus pensamientos, que era conducida por una alquilona carretela, la cual á duras penas podia con la carga que se le habia impuesto.

Como á las diez de la mañana llegamos á la ciudad alegre: dificilmente pudimos atravesar por entre aquel inmenso gentio que de todos los ángulos de la ciudad, de cada calle, de cada casa se dirigian al centro como si una fuerza superior los impulsara: dificilmente tambien pudimos encontrar donde poner nuestras cabalgaduras, porque *hoteles*, *mesones*, posadas y casas particulares habian sufrido la irrupcion cortesana y aun lugareña. Cuando hubimos de encontrar un rincon, nuestro primer cuidado fué emperifollarnos para ir á presentar nuestros respetos á todas nuestras conocidas, quienes desde luego nos declararon que les perteneciamos por derecho para llevarlas al teatro, al paseo, á los toros y á los gallos, debiendo rematar en el baile. No hubo mas remedio que ceder, y empezamos á recorrer las tortuosas calles de S. Agustín y á dar y recibir saludos de todos los que encontramos, y á hacer observaciones sobre el peinado de una, el vestido de otra y la manteleta de aquella, observaciones que debo confesar, iniciaba siempre alguna de nuestras compañeras, y que traian á la cola una serie de historias sobre el origen, valor y demas circunstancias del objeto censurado. Porque lo primero que hacen los que se encuentran en este paseo y otros de la misma especie, es echarse un vistazo de piés á cabeza que vale mas que el inventario de un acreedor, y conjeturar—las mas veces con mucho acierto—de donde salió para los gastos de la jornada; porque D. N.\* es apenas empleado en rentas de muy baja escala, y tiene un sueldo muy mezquino y su familia muy numerosa: D.\* M.\* es viuda de un comerciante cuyos acreedores tuvieron que recibir á tira y tiron un cuarto por ciento de sus créditos, y sin embargo hoy se presenta con un vestido de magnífico gró de olanes, valioso en cien pesos, un tápalo de tres colores que costó ochenta, y una carretela que vale ochocientos: D.\* J.\* que ayer solicitaba entre sus amistades algun recurso para atender á su mucha ne-

cesidad y para pagar diez meses de atraso en su renta, hoy lleva alhejas que valen dos mil pesos: D. Z.\* que hace un mes se quería suicidar porque sus acreedores lo hostigaban, hoy trae los bolsillos repletos de oro y hace frente á una fuerte partida con intencion de *desmontar*. Don S.\* que salió de tal oficina porque sus papeles razaban diez y su caja numeraba tres, hoy trae un magnífico *Lozada* que con leontinas y dijes muy bien vale sus ochocientos duros, y ademas una sortija con un grueso brillante por el que *Varis* daría sin vacilar un par de mil pesos. Y á este mismo día se oñen las citas, y los comentarios, y las críticas, que acaso en la corte no se hacen, por cuanto el teatro es mayor, y cada actor, por muy notable que sea, apenas se hace perceptible en medio de tanto barullo.

Una de las niñas que acompañáramos, á muy poco de habernos dirigido á las *Fuentes* vió pasar un apuesto mozalvete de esos que tienen el ojo vivaracho, el bigote á lo mosquetero, la estatura á lo señorita, merced al riguroso conjunto de facciones en que se incrustan; se dirigieron una mirada intraducible, porque del un lado, el del *Lovelace*, había hasta cierto punto orgullo, insulto, hastio; y del otro, el de la niña, había humillacion, deseo, resignacion, qué se yo. Lo cierto es que nuestra compañera se quejó de fatiga y dijo que el pecho se le abrazaba.... y.... á poco se repuso.

Cuando llegamos al Calvario una escena enteramente igual, aunque con distintos actores, tuvo lugar. Despues, cuando entramos á una huerta sucedió lo mismo con otros; y para no cansarte, en el día fui seis veces espectador de esa misma pieza. ¿Qué significaba todo ello? Una cosa muy sencilla: que hoy, y desde que la historia de *Traviata* es conocida en los círculos del buen tono, muchas leonas y aun cachorras se han hecho un deber de imitarla hasta en sus ápices, cuidando mucho de dar á entender que ha habido todo lo que la leyenda mas lar-

gamente contiene, y que en consecuencia hay afeccion de pecho, hay languidez, hay confidencias y hay.... ca-i deshonra. ¿Comprendes esto? Pues una jóven para hacerse muy interesante, para darse á conocer como una criatura superior debe prescindir del sello de la inocencia, debe abandonar al purísimo perfume de la rosa en pimpollo aun, para convertirse, no en una flor marchitada por haberla arrancado de su tallo una impura mano, pero sí por haberse dejado acariciar por un viento abrazador. Una muger que hace eso, es citada por una modelo de sensibilidad, de alma elevada, de pasiones sublimes. Y por eso hay muchas *Traviatas* en la corte, al paso que por allá procuramos que ni sea conocida esta produccion tan llena de moralidad y tan propia para alimentar el corazon de una virgen.

Cuando las damas nos dieron libertad, mis amigos me llevaron á la plaza donde había tantas mesas de juego como puestos de fruta en nuestros *tianguis*; pero en esas mesas se jugaba muy bajo y solo eran frecuentadas por los artesanos que iban á dejar allí sus economías de doce meses; por los empleadillos y comerciantes de abarotes que no estaban muy bien hallados con sus honestos y deshonestos ahorrillos; hijos é hijas del pueblo, aunque con el vestido de bautizar, que habían fundado sus esperanzas en diez albuces á la dobla; y tal cual pajaraco vergonzante que esperaba crear allí plumas para emprender su vuelo á mas elevadas regiones.

Jugadores de otra especie que eran tanto mas solicitados y rodeados, por cuanto entre jugada y jugada, mientras en mugriento cubilete agitaban los dados soltaban una andanada de versos mas libres que un constitucional, los cuales eran furiosamente aplaudidos por la ilustre leperocracia, que encontraba allí su propio idioma, sus mismos pensamientos, su idéntica desnudez en la espresion.

Partidas para la aristocracia, es decir de aquellas en

que se jugaba oro y se *tallaba* por todo un *señor don...* habian buscado una posicion alta como correspondia á su rango y al de las personas en cuyo obsequio se establecian. Allí generales, ex-diputados, ex-consejeros, ex-ministros, abogados, médicos, agiotistas, y todo lo mas encumbrado de la corte se presentaba sin ceremonia y sin empacho; y la razon era mas sencilla que un casimir de verano. A Tlalpam va todo el mundo á divertirse: son dias de regocijo, de placer; y ni uno ni otro habria si no se jugara: eso sí, siempre por pasar el rato, no por ganarse hasta la camisa, que eso solo lo hace la gente de baja esfera. Se pierden dos ó trescientas onzas, se piden prestadas otras tantas, se sale de allí con deudas que ó no se pagarán en un año, ó se pagarán con los sueldos, es decir con los alimentos de la familia; á no ser que el perdidoso sea de esos que están pendientes de los apuros nacionales para convertirlos en sus cajas de ahorros, y hacer que las arcas publicas les indemnicen las pérdidas que supieron adquirir en las fiestas.

El mal ejemplo corrompe: ví que hasta las señoras jugaban y no quise ni por un momento señalarme. Puse mi dinero á una carta que otro habia espiado á la puerta; era un tres de espadas y al voltear el naipe se encontraron y me encontré con que el tal tres se habia convertido en rey de oros, dejándonos sorprendidos con aquella metamorfosis que ciertamente no olió el buen Ovidio; y como de esas sucedieron muchas, cuando me quedé sin medio real, hice una de aquellas prudentes reflexiones que desgraciadamente siempre llegan como los socorros á las plazas sitiadas, cuando todo se ha perdido; y me retiré de allí convencido de que tenia que habérmelas con brujos.

Busqué mi desquite en el baile y me lancé á él avido de emociones que me borrarán de la imaginacion, las sotas y los reyes, las judías y las viejas, los tecolotes y

piratas. El salon estaba concurrendísimo; las señoras ocupando con sus cascadas de ropa todos los asientos obligaban al sexo feo á estar de pié como ante la magestad real. El espacio libre para el baile era tan estrecho que apenas se podia dar una vuelta con la compañera y eso venciendo una muralla viva que á su vez tenia que pasar por las mismas dificultades.

Las niñas en el baile se entregaban sin la menor reserva á toda clase de declaraciones amorosas, porque regla invariable es que cuando un individuo saca una beldad á bailar debe, formular, venga ó no venga al caso, una bien sentida improvisacion en que se dice que el corazon sufre, que el fuego que circula por las venas es un volcan encendido, que el sol es una pálida centella en comparacion de los ojos de la niña, que las flores son miserables creaciones al lado de tanta belleza, y en suma, tanto disparate, tanta exajeracion, tanta barbaridad, que si las agraciadas no conocieran que son frivolidades sociales y lo tomaran por lo serio, deberian creer que se les burlaba. Pero allí todo pasa, todo es bien recibido, y nadie dice una palabra porque la dama incline confiadamente su cabeza sobre el hombro del que la conduce en un wals, así pudieran conocerse de media hora ántes; nadie se escandaliza de que una niña en las rapidas vueltas de un baile deje flotar su vestido como las velas infladas de un navio, dando en espectáculo hasta lo mas reservado de su guarda-ropa: no, tan léjos están de que tales cosas se les reprueben, que al contrario, por tales gracias merecen el nombre de sílfides aereas, fantástica; y en verdad que de perlas les viene eso de la fantasía, porque si no fuera por lo que ella trabaja en trabucar el seso y el juicio de los hombres, con tales antecedentes muy bien creo que presto se acabaria el mundo.

Es que sobre todo me admira es como esas niñas de complexion tan delicada, de nervios tan sensibilizados,

de constituciones tan débiles pueden resistir no solamente doce horas continuas de vigilia, sino lo que es mas, como no se rinden con tantos trincos y zapatetas como tienen que dar en las innumerables piezas que se bailan toda una noche. Yo no soy tan susceptible al cansancio, y sin embargo á las dos horas pedía misericordia; mientras que unas jovencitas que no van á misa porque se cansan de andar dos cuadras; que no hacen ejercicio sino en coche, á consecuencia de que se fatigan mucho de ir á pié; que todo el día lo pasan recostadas lánguidamente sobre los divanes ó confidentes, no era posible hacerlas sentar, y parecia que sus pies los tenían llenos de azogue, puesto que no cesaban en las rebowas y varsovianas, en las cuadrillas y contradanzas. Y esto no un día, sino tres seguidos; y para restaurar sus fuerzas empujaban paseos á las huertas, al Calvario á cualquiera parte, con tal que se movieran y no estuvieran en quietud.

Quando fastidiado de tal zambra volví á Méjico creí que no me sería posible llegar á causa del molimiento tan atroz que habia sufrido. Mis compañeros venian disgustadísimos de la jornada por quanto habian encontrado varias cosas, á saber: monteros que los habian limpiado, novias que les habian dado su patente por quanto habian hecho mejores conquistas, fondas donde no habian comido pero habian pagado muy caro, caballeros de industria que los habian esquilado, *loros* que los habian picoteado, escoltas que no los habian defendido y rivales que los habian desafiado.

¿No es verdad, Bibianilla, que los cortesanos son muy hábiles en eso de proporcionarse diversiones? La mas grata para algunos de los que nos acompañaban á la vuelta era, que al llegar á sus casas iban á encontrar á sus mugeres é hijos llorando de hambre, á su principal ó jefe furioso por la ausencia, y dispuesto á ponerlos de patitas en las cuatro esquinas por andar á picos puros, y á los acreedores espiritados, por quanto habian des-

cubierto que al paso que no les pagaban habia para ir á Tlalpam á tirar sobre la verde unas diez ó doce onzas de oro.

Uno muy principalmente venia trinando de lo lindo. Su jefe le habia encargado que cobrase una letra de mil pesos: pilló el dinero: tuvo corazonada y se fletó á la feria á doblar el capital, con lo que esperaba salir de ahogos. Echó la cuenta sin la huéspedada, ó mejor dicho sin el montero, y cuando él esperaba ser poseedor de dos mil duros, se quedó con la talega vacía y sin tener para los gastos de vuelta que alguno le suplió. Iba pensando si despues de aquel ligero contratiempo de iria volverse á Méjico, ó tomar la direccion del pedregal, para reunirse con algunos de los muchos caballeros andantes que por aquellos vericuetos andan haciendo agravios y desfaciendo propiedades. No sé que suerte habrá corrido.

Aunque muy someramente, he cumplido mi palabra, lo cual en estos tiempos y en la feria no todos lo pueden decir. Conténtate por tanto con este bosquejo, y aguarda hasta otro día. Adios.—*Caralampos*.

covertirme en fiel imitador de los empleados de la tesorería y repetir á cada uno de esos recaudadores de impuestos extraordinarios "no hay dinero," sin olvidarme de tomar el aire importante y la forma académica de los supradichos, por cuanto he notado que tales actitudes eran de bellissimo efecto para evitar las réplicas y duplicas en el negocio.

El primero que me asaltó fué un jovencito de cosa de veintiocho años, de regular figura, de un despojo marcial, de traje pardo con pretensiones pollunas, correspondientes lentes pendiendo de una cinta de seda, y una polka que suponía un reloj ó que sé yo si una llave de baul. Apenas ponía los piés en mi alojamiento cuando el referido se me atravesó al paso, se tocó el sombrero, y con voz medio sumisa, medio affigida, me manifestó que era hijo de buena familia, pero que en ese momento estaba su padre tendido y sus hermanitas sin desayunarse, (era la oracion de la noche) que no tenia para los gastos precisos de entierro, ni ménos para otros indispensables, y esperaba de mi humano corazon que le *franqueara* alguna cosa, pues era imposible que siendo yo un caballero, dejara de sacarlo de aquel lance. Tan patética fué su relacion, llevó tantas veces su pañuelo á los ojos, que casi lloriqueando yo tambien, metí mis dedos índice y pulgar al bolsillo de mi chaleco, y saqué una media onza de oro que puse en su mano, confiando en que algun otro caritativo le daria el resto para los funerales de su señor padre.

Despues de este vino una señora enlutada que segun ella, era viuda de un militar muerto en campaña y desatendida por el gobierno en su montepio: llevaba dos dias de no probar bocado—creo que aludía de freno—y sabiendo que yo tenia una alma compasiva, me conjuraba á que le diera un socorro cualquiera, para ella y para su inocente niña, que á los catorce años se encontraban en el colmo de la miseria. Si de cántaro hubie-

México, 18 de Junio de 1859.

Parece que las fiestas de Tlalpam ocasionaron muchas quiebras, á juzgar por los continuos pedidos de que he sido víctima de poco dias á esta parte; pedidos que al principio no me fué posible desatender por cuanto los términos en que venian formulados eran como los de un guerrero cuando se le acaba el parque, á tiempo que su enemigo le aprieta, y se ve en la necesidad de marcar el toque de *urge lo perdido*; mas cuando ví que tras el primero y segundo vinieran el tercero y cuarto y tras estos los demás hasta el quincuagésimo nono, quizá en conmemoracion de los años que lleva vencidos el siglo; cuando me desengañé de que las necesidades que ocasionaban esos continuos asaltos eran tan ciertas como los pares militares en tiempo de campaña, preciso me fué